

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Probando la libertad: cambios y continuidades en el cortejo y el noviazgo entre los jóvenes porteños (1950-1970).

Cosse, Isabella (UDESa).

Cita:

Cosse, Isabella (UDESa). (2007). *Probando la libertad: cambios y continuidades en el cortejo y el noviazgo entre los jóvenes porteños (1950-1970)*. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/160>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI Jornadas de Interescuelas / Departamentos de Historia, 19 - 22 de Septiembre de 2007, Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.

Mesa 19: Mujeres, género y familia. Cambio de roles y transformaciones en el mundo público y privado en la 2ª mitad del siglo XX.

Título:

Probando la libertad: cambios y continuidades en el cortejo y el noviazgo entre los jóvenes porteños (1950-1970)

Isabella Cosse¹

Universidad de San Andrés

Bulnes 1690 2º E, 1425
Ciudad de Buenos Aires
Tel: (5411) 4824 1845
icosse@mail.retina.ar

Resumen

Entre 1950 y 1970 los jóvenes porteños protagonizaron cambios en las relaciones de género, la pareja y la familia, estudiados en esta ponencia a partir del análisis de la emergencia de nuevas convenciones en el cortejo y el noviazgo. En particular, se examina una de las tendencias que asumieron las transformaciones, reconstruida a partir de revistas, libros y manuales de crianza dirigidos al amplio público masivo que incluía a los segmentos medios y a los trabajadores. En concreto, se describe la aparición de un nuevo estilo de sociabilidad en el marco del cual se reconfiguró el cortejo en función de la aparición de las citas y se modificaron las pautas y reglas instituidas del noviazgo. Estas innovaciones permiten dar cuenta de dos fenómenos. Por un lado, el cortejo comenzó a pensarse en términos de la formación de la personalidad y de la identidad de género. Por otro, el noviazgo se hizo más abierto, libre y flexible. Estas transformaciones son

¹ Deseo expresar mi gratitud con Eduardo Míguez y Lila Caimari, quienes leyeron versiones anteriores y me hicieron sugerentes comentarios y a Catalina Wainerman, quien me ofreció ideas y ayuda constantes. Asimismo les agradezco a Abel (hijo), Araceli y Gima Santa Cruz y a Eva Giberti el permitirme consultar sus archivos privados.

concebidas como un patrón de cambio emblemático del carácter que asumió la ruptura generacional entre ciertos círculos de los jóvenes porteños.

1. Introducción

Este artículo aborda los cambios en las formas mediante las cuales mujeres y varones se conocían, se atraían, entablaban una relación y se comprometían afectivamente. Es decir, está centrado en el cortejo, entendido como las pautas que regían desde los contactos iniciales de una pareja hasta el momento previo a la unión. El propósito es ofrecer una descripción de este fenómeno, en función de dos supuestos. El primero es que los cambios abiertos en los años sesenta en las relaciones de pareja, los mandatos de género y la moral sexual se plasmaron paradigmáticamente en un amplio espectro de nuevas convenciones específicas y concretas cuya envergadura dependió de los círculos culturales y sociales de pertenencia. La segunda presunción es que existieron diferencias sustanciales entre las pautas que rigieron el mundo de los padres de estos jóvenes y las que se estaban conformando cuando sus hijos llegaron a la edad de la conquista y la formación de una pareja, pudiéndose pensar en una ruptura generacional. En otras palabras, se piensa que la reconstrucción minuciosa de los cambios en las pautas que normaban el cortejo resulta una aproximación valiosa para comprender las transformaciones en las relaciones de pareja y la sexualidad de los años sesenta y setenta desde un ángulo generacional. En ese sentido, en estas páginas se analiza el surgimiento de uno de los patrones de cambio del cortejo, según el análisis de revistas, libros y manuales de crianza dirigidos a un público masivo compuesto por los segmentos medios y trabajadores, dejando expresamente de lado el análisis del proceso en los círculos intelectualizados y contraculturales.² En concreto, estos registros han sido analizados en función de descubrir la emergencia de nuevas convenciones, entendidas como un código público de comportamiento y un sistema de significados que conformaban el contexto de la experiencia concreta de los individuos.³

Según los antecedentes para Europa y Estados Unidos el cortejo constituye un fenómeno central para la comprensión de los estándares de la moral sexual y el modelo

² Analicé las características de las revistas femeninas utilizadas para este artículo en “Los nuevos prototipos femeninos en los años 60 y 70: de la mujer doméstica a la joven “liberada”, en *Jornadas de Reflexión. Historia, género y política en los 70*, Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, en prensa.

³ Una discusión del problema en referencia a la temática aquí analizada en Beth Bailey, *From Front Porch to Back Seat: Courtship in Twentieth-Century America*, Baltimore: Johns Hopkins University, 1989, pp. 6-7.

matrimonial.⁴ Específicamente, la bibliografía norteamericana ha mostrado el papel jugado por la aparición del sistema de citas en el moldeamiento de patrones sexuales más permisivos entre los jóvenes de los “high school” entre 1920 y 1960. Este sistema desplazó el encuentro de las casas, anuló el control paternal, disoció el encuentro del compromiso afectivo con vistas al casamiento y creó nuevas formas para la exploración de la compatibilidad y el conocimiento del otro género que incluía la rotación de los partenaire y habilitaba el “petting”, es decir, la estimulación sexual sin penetración, en las citas y las relaciones sexuales completas en el marco del noviazgo.⁵ Específicamente, para las décadas de 1960 y 1970, los cambios en el cortejo han permitido identificar la coexistencia de diferentes patrones según las distintas culturas juveniles. Así, Bernard Murstein explica que, en ese período, el sistema de citas había desaparecido en los círculos universitarios, entre los cuales comenzó a predominar pautas menos estructuradas, mientras que siguió existiendo fuera de estos ámbitos.⁶

Para la Argentina se carecen de estudios semejantes. No obstante, se ha observado que en la entre-guerra surgieron reglas de sociabilidad más flexible, un estilo femenino más libre y un interés más abierto por la sexualidad.⁷ El insinuante componente disruptivo de estos cambios parecería haberse canalizado dentro del mandato maternal y el ideal de famita legítima, sin trastocar la valoración de la contención del deseo sexual previo al matrimonio, aunque un estudio de la década del cincuenta haga pensar que estaban surgiendo reglas de noviazgo más laxas y abiertas.⁸ Por su parte, los antecedentes para los

⁴ Edward Shorter, *El nacimiento de la familia moderna*, Buenos Aires, Editorial Crea, 1977; Ellen Rothman, *Hands and Hearts: A History of Courtship in America*, New York Basic, 1984; Josef Ehmer, “El matrimonio”, David Kertzer y Marzio Barbagli, *Historia de la familia europea, volumen 2. La vida familiar desde la Revolución Francesa hasta la Primera Guerra Mundial (1789-1913)*, Barcelona, Paidós, 2003, pp. 411-462.

⁵ Paula Fass, *The Damned and the Beautiful: American Youth in the 1920s*, New York, Oxford University Press, 1977, pp. 119-135; Bailey Beth, *From Front Porch to Back Seat: Courtship in Twentieth-Century America*, Baltimore: Johns Hopkins University, 1989; Ellen Rothman, ob. cit., pp. 289-307; John Modell, “Dating Becomes the Way of American Youth”, in Leslie Page Moch y Gray D. Stark, *Essays on the Family and Historical Change*, University Press, United State of America, 1983, pp. 91-126.

⁶ Bernard Murstein, “Mate Selection in the 1970s”, in *Journal of Marriage and the Family*, vol. 42, num. 4, November 1980, pp. 777-792.

⁷ Dora Barrancos, “Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras”, en Fernando Devoto – Marta Madero (dir.), *Historia de la vida privada en la Argentina. La argentina entre multitudes y soledades. De los años treinta a la actualidad*, Buenos Aires, Santillana, 1999, 199-226; Donna Guy, *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires. 1875-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994, pp. 175-187; Hugo Vezzetti, *Aventuras de Freud en el país de los argentinos. De José Ingenieros a Enrique Pichón Rivièrre*, Buenos Aires, Piados, 1996, pp. 104-106 y 150-155.

⁸ Marcela Nari, *Las Políticas de la maternidad y maternalismo político. Buenos Aires (1890-1940)*, Buenos Aires, Biblos, 2004; Beatriz Sarlo, *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*, Catálogos, 1985; Sobre el cortejo en los años cincuenta, ver Isabella Cosse, “Relaciones de pareja a mediados de siglo en las representaciones de la radio porteña: entre sueños

años sesenta resaltan el carácter ambiguo y moderado del proceso de cambio, aunque encuentran que en esta época comenzó a hablarse más libremente sobre la sexualidad, se aceptaron las relaciones prematrimoniales y se produjo un debilitamiento de los prejuicios de la doble moral de género.⁹ Asimismo se ha señalado la embestida conservadora y tradicionalista en defensa, supuestamente, de los valores familiares y morales instituidos, como forma de frenar el proceso de cambio en las costumbres y la moral sexual.¹⁰ De tal modo que, el estudio de las décadas entre 1950 y 1970 parecería central para comprender las transformaciones en las reglas que normaban el cortejo.

A mediados de siglo, el cortejo estaba integrado por fases claramente identificables: el flirteo y el festejo en las etapas iniciales y el noviazgo cuando la relación se formalizaba, instituciones que estaban fuertemente codificadas según género. El flirt no implicaba ningún compromiso: refería al momento de la expresión de la atracción mediante gestos, miradas y actitudes que debían realizarse en público. El festejo era la etapa siguiente, en la cual se profundizaba el vínculo mediante visitas y salidas (reuniones, bailes y paseos), creando una zona inestable entre la amistad y el lazo amoroso mediante un patrón que intermedio entre el cortejo en la casa y el sistema de citas ya que se usaban ambas modalidades de contacto pero se mantenía la vigilancia familiar (variable pero siempre presente) y la censura de la alternancia desenfadada de festejantes. En algún momento, el festejo debía terminarse o dar inicio a un noviazgo, momento definido por la declaración amorosa y, luego, por el pedido de matrimonio. Los noviazgos tenían la finalidad de preparar la vida en común, estaban fuertemente pautados, ritualizados y organizados a través de poderosas convenciones, incluso más rígidas que las que demarcaban las etapas anteriores, dada la necesidad de que la nueva intimidad no vulnerase la consideración social de la joven, asociada con el mantenimiento de la virginidad hasta el momento del casamiento. Ahora bien, para ese entonces habían comenzado a surgir relaciones más permisivas, en las cuales se morigeraba el control de los padres y se permitían encuentros

románticos y visos de realidad", en *Estudios Sociológicos*, Vol. XXV, núm. 73, enero-abril, 2007, pp. 131-153.

⁹ Véase, entre los trabajos más relevantes, María del Carmen Feijoó y Marcela Nari, "Women in Argentina During the 1960s", *Latin American Perspectives*, Winter 1996, vol. 23, num. 1, pp.7-27 y Karina Felitti, "El placer de elegir. Anticoncepción y liberación sexual en la década del sesenta" en Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita, María Gabriela (dir.), *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX*, Buenos Aires, Taurus, 2000, pp. 155-171.

¹⁰ Valera Manzano, "Sexualizing Youth: Morality Campaigns and Representations of Youth in Early-1960s Buenos Aires", *Journal of the History of Sexuality*, vol. 14, num. 4, October 2005, pp. 433-461.

menos estructurados pero se trataba de innovaciones que contrariaban las convenciones instituidas.¹¹

De hecho, la década de 1950 preanunció cambios en el cortejo y el noviazgo que se terminaron de definir en los años sesenta y que se normalizaron en los sesenta. Este proceso, dentro del cual puede identificarse tres grandes mutaciones, fue vivido por los jóvenes como un desafío a las convenciones de los padres. En primer lugar, surgió un estilo de sociabilidad por el cual el trato entre varones y mujeres se hizo más fluido y menos estructurado, contribuyendo a que el flirteo fuese más rápido y directo. En este marco, el festejo desapareció, dando lugar a la emergencia del sistema de citas, disociándose las salidas de la elección matrimonial. En segundo lugar, el noviazgo se hizo más libre y flexible (rechazándose las reglas rígidas, la ritualización y el control de los padres), se amplió la brecha entre su inicio y el compromiso de casamiento y se morigeraron las censuras a la ruptura de los noviazgos. En este contexto, se habilitaron las relaciones pre-matrimoniales en el marco del compromiso afectivo, fenómeno de importancia central que amerita un estudio en profundidad, por lo cual su análisis ha quedado fuera de estas páginas.

2. La reconfiguración del cortejo: entre barras y citas

Hacia 1960 los jóvenes nacidos en familias de los sectores medios y trabajadores tenían experiencias vitales muy diferentes de las que habían signado la vida de sus progenitores. La heterogeneidad de la sociedad inmigrante había dado paso a nuevas generaciones que tenían un cúmulo importante de experiencias compartidas. Estos jóvenes habían ido a la escuela en tiempos peronistas, en familias que en muchos casos habían mejorado en forma reciente su situación económica, logrando ser propietarias de su vivienda, acondicionarla con los parámetros del confort moderno y comenzar a tomarse vacaciones. El éxito de las estrategias de promoción social de las familias de origen le permitió a esta generación disfrutar de mayor poder adquisitivo, insertarse en nuevos espacios sociales y retrasar su inserción en el mercado de trabajo. De hecho, en 1966 existían 2500 colegios secundarios en Buenos Aires y la UBA tenía 250.000 inscriptos. En 1960 la matrícula secundaria llegó al 28,7% de los varones y el 29,4% de las mujeres de los jóvenes entre 13 y 17 años para el total del país, proporción que se duplicó en las dos

¹¹ Isabella Cosse, ob. cit., pp. 131-153.

décadas siguientes. Pero, obviamente, estas posibles experiencias comunes no implicaron la formación de una identidad juvenil homogénea.¹² Las culturas juveniles estuvieron atravesadas por diferentes empresas, énfasis y estéticas engarzadas de forma nada lineal con distinciones en el ámbito de la cultura de origen, el nivel de estudios alcanzados y el género.¹³

Este contexto influyó en las formas de sociabilidad. Las instituciones educativas comenzaron a estructurar la vida cotidiana de los jóvenes y favorecieron que los grupos de referencia se formaran en estos ámbitos. Para los varones, el bar de la esquina del colegio era el lugar donde los jóvenes se entrenaban en el mundo masculino del truco, el café con cigarrillo y las copas de alcohol.¹⁴ También, las chicas tenían puntos de reunión en confiterías, en las plazas y exploraban la libertad con recorridas por las calles céntricas, que nutrían el paisaje cotidiano de Buenos Aires. Además, se hicieron frecuentes los grupos de jóvenes de ambos sexos en el cine, las confiterías y los bares, instalándose la norma de la barra de amigos cuyas actividades sociales eran más independientes de la mirada y el control de los adultos. De todos modos, la mayor parte de los institutos secundarios no eran mixtos, aislando a varones de mujeres en la vida estudiantil cotidiana, aunque las puertas de los colegios y los itinerarios del viaje representaban espacios y momentos propicios para la interacción con jóvenes de otro sexo, trato que incluso era promovido por instituciones privadas que poseían un establecimiento para cada género, ubicados frecuentemente uno cerca de otro.¹⁵

Pero los jóvenes de distintos sexo no sólo podían conocerse en la proximidad de los centros de estudio sino también en el espacio laboral que, con el avance del empleo

¹² Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre, “La democratización del bienestar”, en: Juan Carlos Torre (comp.), *Los años peronistas*, Nueva Historia Argentina, Tomo VIII, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, pp. 257-312; Cecilia Braslavsky, *La juventud argentina: informe de situación*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986, p. 87-89; “Tiempo moderno. Vocaciones: las difíciles elecciones”, *Confirmado*, núm. 96, 20 de abril de 1967, pp. 42-44.

¹³ Artur Marwich, *The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy and the United States, c.1958-1974*, Oxford – New York, Oxford University Press, 1998, pp. 39-142. Para la Argentina, Sergio Pujol, “Rebeldes y modernos. Una cultura de los jóvenes”, pp. 283-237 en Daniel James, (dir.) *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2003, pp. 283-317 y del mismo autor, Sergio Pujol, *La década rebelde. Los años 60 en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, pp. 43-68.

¹⁴ Archivo Abel Santa Cruz (en adelante AASC), Abel Santa Cruz, *Colegio Nacional*, libreto inédito, ca. 1965, episodio 1 y 2.

¹⁵ Michel Brignac, “¡Se mueve el piso!...”, *Nuestros Hijos*, núm. 76, mayo de 1961, Andrés Carabantes, “Iracundos en Mar del Plata”, *Nuestros Hijos*, núm. 107, diciembre de 1963, p. 42-43; Entrevista a Mabel O., Buenos Aires, 20 de octubre de 2006 (nacida en 1951, padre pequeño industrial y madre ama de casa, infancia en Floresta, fue a un colegio secundario privado). Se han cambiado los nombres y omitido los apellidos de los individuos cuya historia es referida a partir de los archivos privados así como en las entrevistas realizadas por la autora, como resguardo a su privacidad.

femenino entre las más jóvenes, creció más de un 10% entre 1947 y 1970, ofreciendo otro punto débil a la vigilancia y el control de los padres, a lo que se sumaba la posibilidad de contar con dinero propio para las salidas.¹⁶ Esto permitía que los jóvenes pudiesen entablar relaciones por fuera del ámbito familiar, ya fuese directamente, en el trabajo o en los contactos que éste posibilitaba, como le había sucedido a una lectora de *Vosotras*, revista dirigida a mujeres y jóvenes humildes, trabajadoras y de los estratos medios más bajos, que se enamoró de un muchacho con el cual compartía diariamente el viaje en colectivo aunque, más frecuentemente, las relaciones provenían de los propios ámbitos laborales, entre los cuales muchas fantasías tenían a las secretarías como protagonistas.¹⁷

Estas experiencias le significaron a los jóvenes mayores posibilidades para explorar más a sus anchas el mundo en los espacios anónimos urbanos, lo cual requería nuevos entrenamientos, como le sucedía a las chicas que debían aprender a actuar frente los avances masculinos en la calle, mientras que los varones debían adquirir esa capacidad. En ambos casos estas situaciones contribuían a que las jóvenes ganasen seguridad en relación a las expectativas generadas por su apariencia y estilo y los hombres se midiesen con sus congéneres en relación a las habilidades demostradas en la conquista.¹⁸

Por supuesto, el espacio del barrio, con sus lugares de encuentro, clubes, esquinas y sedes sociales, seguía siendo importante para el contacto en ciertos círculos sociales.¹⁹ Era el caso de Jorge Castello, de casi quince años, un paciente de Eva Giberti, una de las difusoras más importantes de la renovación en la crianza de los hijos, en la Clínica de Adolescentes del Hospital de Niños. Para este joven, las relaciones más íntimas eran sus amigos del barrio Floresta, con quienes se encontraba en la calle para divertirse, explicando que raras veces “salían”, lo que significaba que no organizaban actividades fuera de este entorno.²⁰

¹⁶ Zulma Rechini de Lattes, “La participación económica femenina en la Argentina desde la segunda posguerra hasta 1970”, *Cuadernos del Cenep*, Buenos Aires, Cenep, 1980, pp. 16-18; Entrevista de la autora a Cristina B., Buenos Aires, 15 de septiembre de 2006 (nacida en 1952, padre obrero y la madre ama de casa, infancia y juventud vivida en Mataderos).

¹⁷ Norberto Firpo, “Reportajes en horas de oficina”, *Vosotras*, núm. 1428, 18 de abril de 1963, pp. 62-65. Helena, “¿Es éste su problema?”, *Vosotras*, núm. 1431, 9 de mayo de 1963, pp. 76; Ana Larsen “Uniendo destinos – Dulce despertar”, *Secretos*, núm. 27, noviembre de 1965, Dulce despertar”, s/p.

¹⁸ Eva Giberti, *Los argentinos y el amor*, Buenos Aires, Merlín, 1971, pp. 29-35; “La edad difícil de María del Carmen”, *Nuestros Hijos*, núm. 14, febrero de 1956, pp. 12-13; Doctor Everardo Power, “Una enfermedad social: la agresividad sexualizada”, *Nuestros Hijos*, num. 73, febrero de 1961, pp. 26-28.

¹⁹ Sobre la cultura barrial, Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares. Cultura y Política*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1995 y José Luis Romero, “Ciudad burguesa” en José Luis Romero y Luis Alberto Romero (dir.), *Buenos Aires. Historia de Cuatro Siglos*, Buenos Aires, Abril, 1882, pp. 12-14.

²⁰ Archivo Eva Giberti (em adelante AEG), Clínica Adolescente (CA) Jorge M., entrevista 22 de abril de 1967 y . Padre mecánico y chofer de autobús, madre ama de casa, sin empleada doméstica, y vivienda

Resulta imposible dar cuenta de las múltiples instancias de nucleamiento de los jóvenes, como lo muestra la proliferación de convocatorias a que participasen de organizaciones tan disímiles como podían ser la Cruz Roja y Tacuara. Así, los agrupamientos tenían diferente grado de formalidad y estructuración, surgiendo en función de intereses culturales, gremiales o políticos pero también de gustos personales como podían ser la música, el deporte o el teatro. En cada caso, las barras tenían convenciones propias que variaban según la identidad del grupo, aunque, puede decirse que en su conjunto comenzaron a existir relaciones más llanas entre varones y mujeres.²¹

La nueva fluidez de las relaciones entre los géneros alcanzó a los hogares. Los padres, educadores y psicólogos comenzaron a auspiciar que las barras de jóvenes se encontrasen en el ámbito protegido de la familia, con el argumento de que esto permitía una socialización más abierta pero, también, un mayor control. Se extendió la costumbre de hacer reuniones informales en las casas, que habían comenzado antes con los llamados “asaltos”, que debían parecer organizadas en forma espontánea, sirviéndose una comida rápida, como pizzas o empanadas, bebidas cola y alcohol que, a pesar de los controles de los padres, siempre era más del previsto y que incluía, en los hogares más “avanzados”, la posibilidad de bailar. En cualquier caso, la barra, compuesta por mujeres y varones, fue convirtiéndose en una convención aceptada y extendida de la sociabilidad adolescente y juvenil, a pesar de generar ciertas preocupaciones en el mundo de los adultos, especialmente entre los más conservadores, como sucedía con Mabel O., a quien los padres no la dejaban salir en grupo y le prohibieron ir de viaje de egresados a Bariloche, a raíz de este estilo de relación.²²

El surgimiento de estas nuevas formas de sociabilidad fue simultáneo a la creciente importancia de los gestos, las actitudes y las manifestaciones contrarias al mundo de los adultos, mediante las cuales se reafirmaban la identidad juvenil.²³ Así, por ejemplo, desde ámbitos psicológicos y ensayísticos se explicaba que la rebeldía era un fenómeno completamente natural en los adolescentes que expresaba la contradicción entre la

alquilada con dos dormitorios y dependencias. AEG –CA, Entrevista con Elsa María P., 24 de noviembre de 1951, padre empleado de aduana y madre ama de casa, vivienda de 7 habitaciones más dependencias, compartida con familia del hermano del padre y con personal de servicio; Sobre la trayectoria de Giberti, Mariano Plotkin, *Freud en las Pampas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, pp. 169-175 y entrevista de la autora con Eva Giberti, Buenos Aires, 12 de diciembre de 2004.

²¹ Juan Carlos Bavasso Roffo, “Mesa redonda coordinada y resumida por el doctor Juan Carlos Bavasso Roffo”, “Hablan los jóvenes”, *Nuestros Hijos*, núm. 68, septiembre de 1960, pp. 4-6, “Vida moderna. La generación de Rita Pavone”, *Primera Plana*, 23 de junio de 1964, núm. 85, pp. 32-34.

²² Entrevista a Mabel O., Buenos Aires, 20 de octubre de 2006 (nacida en 1951, padre pequeño industrial y madre ama de casa, infancia en Floresta, fue a un colegio secundario privado).

²³ Juan Carlos Bavasso Roffo, “Hablan los jóvenes”, *Nuestros Hijos*, núm. 68, setiembre de 1960, pp. 4-6.

dependencia y la independencia. Supuestamente, las actitudes desafiantes frente a los padres eran potenciadas por el grupo de pares que les exigía elegir entre las normas de las familias y las del nuevo espacio de inserción social.²⁴ En otras palabras, los grupos de pares se identificaban y contribuían a generar conductas propias percibidas en oposición a las normas instituidas.

En este marco el flirteo cambió. ¿Cuáles fueron las novedades? En primer lugar el trato entre los jóvenes se hizo más directo y espontáneo, quedando atrás los circunloquios y romanticismos. Este nuevo estilo, como explicaba, a principios de 1960, un joven en una mesa redonda convocada por *Nuestros Hijos*, estaba asociado con el estilo de vida de las nuevas generaciones que, supuestamente, eran contrarias a las “normas pre-establecidas”.²⁵ Esto suponía una más rápida expresión del contacto y el deseo entre los jóvenes, acortándose crecientemente los avances preliminares. Así, darse la mano, besarse y acariciarse fueron convirtiéndose en actitudes comunes en los momentos iniciales de la relación, en el marco de los aprendizajes de tránsito de la infancia a la juventud. De tal forma, por ejemplo, para los varones besar a una chica era un modo de demostrarse a sí mismos su virilidad y para las jóvenes una forma de indicar que habían dejado de ser “chiquilinas”, reafirmando su nuevo estatus juvenil. En ese sentido, por ejemplo, ya a comienzos de 1960, las revistas femeninas comenzaron a publicar artículos sobre las técnicas para besar y el significado que tenían las diferentes posibilidades para hacerlo, aún cuando las notas mantuviesen un tono admonitorio. Más tarde el contenido moralizador fue desapareciendo, como muestra un test, que fomentaba la introspección, en el cual quedaba implícitamente habilitada la posibilidad de que las chicas tomaran la iniciativa y lo hicieran sólo con intenciones de que “él muriese de deseo”.²⁶

De hecho, el análisis de emprendimientos de carácter masivo muestra la normalización de las innovaciones de la sociabilidad juvenil, al recrear escenas en las cuales los padres aceptaban a los jóvenes que frecuentaban a sus hijas dentro de sus hogares. Ya en 1961 podía imaginarse que estos “caballeros andantes”, según la historia seriada “La Familia Villegas”, en *Vosotras*, podían auto-invitarse a pasar sus discos nuevos el domingo a la tarde e instalarse en el medio de la reunión familiar con café y cigarrillo en

²⁴ Mauricio Knobel, “El noviazgo de los adolescentes”, *Nuestros Hijos*, núm. 76, mayo de 1961, pp. 26-27; Julio Mafud, *Las rebeliones juveniles en la Argentina*, Buenos Aires, Santiago Rueda Editores, 1969, pp. 37-41.

²⁵ Juan Carlos Bavasso Roffo, “Hablan los jóvenes”, *Nuestros Hijos*, núm. 68, septiembre de 1960, pp. 4-6.

²⁶ Mauricio Knobel, “El noviazgo de los adolescentes”, *Nuestros Hijos*, núm. 76, mayo de 1961, pp. 26-27. Eugenio Reynal Arrigo, “Manual del beso”, *Vosotras*, núm. 1327, 11 de mayo de 1961, pp. 28-29. “Test ¿Qué es el beso?”, *Nocturno*, núm. 317, ca 2ª quincena de febrero de 1974, sp.; Ana Larsen, “¿Novia o amante?”, *Secretos*, núm. 27, noviembre de 1965, pp. 1-7.

mano, aun cuando los dueños de casa los trataran de usted.²⁷ Unos años después, la misma escena resultaba aún más descontracturada: los jóvenes se apoderaban del living, llegaban sin avisar, hacían bromas a los padres y abrían la heladera, como mostraban las imágenes de *La Nena*, igualmente inocente, en la televisión.²⁸

El carácter más abierto y directo del flirteo alcanzó amplia difusión a mediados de 1970 cuando era referido en *Para Ti*, la revista femenina de carácter más tradicionalista del mercado. Así, lo planteaban tres entrevistadas de diferentes generaciones, entre las cuales la más joven, que contaba con dieciocho años, explicaba que “ahora se conquista muy directamente” y sin “protocolos”, contrastando con los testimonios de las otras dos entrevistadas que, por su edad, podían ser la madre y la abuela de la joven.²⁹

En síntesis, según estos registros, puede afirmarse que desde los años sesenta el flirteo entre los jóvenes se hizo más directo y menos protocolar, evidenciando que las relaciones habían tomado un carácter más fluido y menos comprometido, dentro del cual las caricias y los besos se integraban más rápida y abiertamente.

En segundo lugar, las nuevas modalidades en el flirteo fueron simultáneas a la desaparición de la noción de “festejo” y el afianzamiento de un nuevo patrón de relación que unificaba ambos estadios: la salida o cita. Las citas solían comenzar con una invitación realizada por el varón, arreglada de antemano, aunque también podían surgir de forma más o menos espontánea. La invitación implicaba un importante grado de exposición para los varones, quienes temían ser rechazados y dudaban, sobre todo entre los más adolescentes, sobre las estrategias adecuadas para tener éxito. La cita incluía que el varón pasase a recoger a la chica, aunque también podía suceder que ambos se encontrasen directamente en un punto convenido, y que él la acompañase de regreso a la casa. Entre las salidas más frecuentes se encontraba ir a un bar o confitería, asistir al cine, dar una caminata, participar de una reunión de amigos, una fiesta y un baile, etc. Pero la innovación no estuvo dada por los lugares de encuentro sino por el hecho de que estas citas carecían de cualquier

²⁷ “La familia Villegas: un domingo”, “Nuestro Hogar. Revista núm. 4”, *Vosotras*, núm. 1325, 27 de abril de 1961, pp. 53-55 y 68.

²⁸ *La Nena*, Buenos Aires, ca. 1966-1969, comedia familiar dirigida por María Inés Andrés y protagonizada por Osvaldo Miranda, Marilina Ross y Joe Rígoli. Sobre las comedias familiares de los años sesenta, Véase, Mirta Varela, *La televisión criolla. Desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la luna (1951-1969)*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

²⁹ “Tres mujeres, tres generaciones, tres modos de pensar...”, *Para Ti*, núm. 2740, 13 de enero de 1975, pp. 14-16.

compromiso afectivo, no implicaban una relación formal y tampoco requerían una instancia previa de encuentros en la casa de la joven.³⁰

Este nuevo estilo de relación estuvo fuertemente marcado por las nuevas modas musicales. Los jóvenes se contaminaron del ritmo y los estilos vitales de los ídolos musicales, entre los cuales, por supuesto, estaban los Beatles, que invadieron el dial y las disquerías, donde la mayoría de los compradores tenían entre 13 y 20 años, a los que se fueron sumando las figuras locales, como Palito Ortega y Sandro y luego Los Gatos, Los Iracundos y Almendra. Más allá de esta diversidad del nuevo horizonte musical, incluso las propuestas menos osadas artística y culturalmente transmitían un nuevo estilo de relación sentimental, de proyectos vitales y de dilemas sentimentales, marcados por la espontaneidad, la naturalidad y la libertad, en oposición al universo de la generación de los padres con sus parámetros de orden, deber y control.³¹

Las citas les permitían a los jóvenes tener momentos de intimidad, medir el grado de atracción, experimentar los comportamientos y, en ocasiones, ganar popularidad entre el grupo de amigos, sin necesidad de asumir un compromiso a futuro. Esta disociación entre cita y compromiso fue apoyada por el nuevo sentido común pedagógico y psicológico surgido en los años sesenta. Desde estas perspectivas, el flirteo y las salidas fueron entendidos como una experiencia que contribuía a la formación de la personalidad y de la identidad de género de los jóvenes. Como explicaba Eva Giberti, para tranquilizar a los padres, las salidas eran un entrenamiento que afirmaba la identidad heterosexual y contribuía a la madurez de los jóvenes. Mauricio Knobel, uno de los especialistas más reconocidos sobre la temática de la adolescencia y miembro del equipo de Arminda Aberastury, opinaba en forma similar, cuando trataba de limar las dificultades de los adultos para comprender los cambios en las costumbres de los jóvenes, explicándoles que eran parte del crecimiento de los jóvenes que no debían combatirse.³²

Por supuesto, no faltaron quienes rechazaron el nuevo patrón. Las campañas moralistas, iniciadas en los tempranos sesenta, que fueron concebidas como medio para

³⁰ Eva Giberti, *Adolescencia y Educación Sexual*, Tomo 1, ob. cit., pp. 191-192; Adela Reck de Díaz y María C. V. de Gerlic, "Orientación psicológica", *Nosotros y Nuestros Hijos*, núm. 170, septiembre de 1969, pp. 56-58; Entrevista a Cristina B., Buenos Aires, 15 de septiembre de 2006.

³¹ Sergio Pujol, *La década rebelde, La década rebelde. Los años 60 en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé ob. cit., pp. 245-248; Valeria Manzano, Una historia de la cultura del rock en la Argentina, 1957-1991, en Héctor Fernández L'Hoeste, Deborah Paccini Hernández y Eric Zolov, eds., *Rockin' Las Americas: La política global del rock en Latin/o America*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, en prensa; "Buenos Aires: la noche se apaga", *Primera Plana*, 9 de agosto de 1966, nro 189, pp. 15-16.

³² Julio Mafud, *Rebeliones juveniles*, ob. cit., pp. 114; Eva Giberti, *Adolescencia y Educación Sexual*, ob. cit., pp. 191-192; Mauricio Knobel, "El noviazgo de los adolescentes", *Nuestros Hijos*, núm. 76, mayo de 1961, pp. 26-27.

combatir la crisis moral de la época que supuestamente se expresaba supuestamente en las nuevas costumbres sexuales de los jóvenes, que jaqueaba la estabilidad de los valores familiares.³³ Desde esta preocupación se instaló un severo control de los ámbitos donde se producían los encuentros de las parejas. Las boites fueron más iluminadas, los porteros impidieron el ingreso a los menores y vigilaron el grado de proximidad de las parejas en la pista, los hoteles alojamiento fueron inspeccionados por la policía y los bares invadidos por razzias. Estas medidas expresaron los temores de los sectores conservadores y tradicionalistas.³⁴

De hecho, las salidas a solas de los jóvenes y su disociación con el compromiso afectivo fueron rechazadas expresamente por las voces católicas menos permeables a los cambios. En 1962, el doctor Carlos A. Ray, el autor de *Para Padres*, el libro católico que expresaba la contra-cara del nuevo método de crianza, sostenía que los contactos debían realizarse bajo la presencia de los padres, sobre todo si participaban jóvenes de diferente sexo.³⁵ Sin embargo, el campo católico no era una entidad unánime como muestra el hecho de que la revista *Nuestros Hijos*, que se declaraba católica y no confesional, aceptase que las jóvenes tuviesen libertad con responsabilidad de conciencia, en forma compatible con las opiniones de Eva Giberti y Mauricio Knobel, quiénes, no casualmente, fueron columnistas de la publicación. En otras palabras, ante los cambios en el cortejo existía diversidad de opiniones en las tribunas católicas, mostrando la difusión alcanzada por el nuevo paradigma psicológico, el cual por otra parte, no promovía el descontrol.

La asunción de este paradigma parecía difícil para los padres, entre quienes las nuevas pautas de sus hijos adolescentes los sumían en el desconcierto, en función de temores que variaban según el género de su descendencia. Así, podían preocuparse cuando el hijo, varón, se mostraba retraído, rechazaba la idea de frecuentar chicas de su edad o prefería quedarse en casa dedicado al estudio. En cambio, con las hijas mujeres las preocupaciones eran de sentido inverso, remitiendo al cuidado de la reputación en términos del doble patrón de moral sexual y de la virginidad. De allí que, en ese caso, los conflictos surgiesen a raíz de la autorización para ir a un baile, los controles de los jóvenes con los

³³ Al respecto, Valeria Manzano, "Sexualizing Youth: Morality Campaigns and Representations of Youth in Early-1960s Buenos Aires", *Journal of the History of Sexuality*, vol. 14, num. 4, October 2005, pp. 433-461 y Andrés Avellaneda, *Censura, autoritarismo y cultura: Argentina 1960-1983/1*, Buenos Aires, CEDAL, 1986.

³⁴ Sergio Pujol, *La década rebelde*, ob. cit., p. 264 y Valeria Manzano, "Una historia de la cultura del rock en la Argentina, 1957-1991", en Héctor Fernández L'Hoeste, Deborah Paccini Hernández y Eric Zolov, eds., *Rockin' Las Americas: La política global del rock en Latin/o America*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, en prensa; "Buenos Aires: la noche se apaga", *Primera Plana*, 9 de agosto de 1966, nro 189, pp. 15-16.

³⁵ Carlos A. Rey, *Para padres*, Buenos Aires, Guadalupe, 1963 (1ª edición 1962), pp. 384-385.

cuales la joven salía, los horarios convenientes para regresar a casa, el nivel de intimidad permitido a los pretendientes o la frecuencia de las citas.³⁶

De todos modos, ya en los tempranos años sesenta el control de los padres parecía haber disminuido en forma ostensible, como muestra que la tía “chaperona” fuese una institución referida al pasado, lo mismo que el cumplimiento de ese papel por parte del hermano menor. Así, lo indica la propia evolución de las costumbres del personaje que editorializaba *Idilio*, la revista de fotonovelas de editorial Abril. Ya en 1956 la “señorita Idilio” bromeaba ante los intentos de la tía Gertrudis de hacer de chaperona, una situación que resultaba anacrónica para esta joven que salía sola, como correspondía a una chica moderna, pintada como una “vamp”, con las perlas de la tía y dispuesta a tener que ser ella la que llegase antes y sacase las entradas para el cine, pudiendo, incluso, entrar sola a ver la película.³⁷ Claro está que este clima no se instaló homogéneamente. En 1961 en ciertos círculos de jóvenes católicos las invitaciones a un baile aclaraban que había que ir “sin valija”, o sin “baúles”, en referencia a la presencia de los padres, mostrando que su exclusión aún no estaba completamente normalizada. Esto sucedió una década después, como muestra que en las páginas de *Para Ti* se diese por supuesto que las jóvenes salían solas e, incluso, iban a veranear con amigas.³⁸

Esta situación fue un resultado en parte independiente de la voluntad de los padres ya que, como se ha planteado, la nueva sociabilidad juvenil, en el contexto de la extensión de la matrícula secundaria y la incorporación temprana al trabajo de las jóvenes, les permitía disfrutar a las jóvenes de mayor libertad y posibilidades de solventarla, como se ha planteado anteriormente. Así, ellas podían iniciar una relación sin tener que pasar por el control paterno y materno, como le sucedió a Susana G., que estudiaba y trabajaba en una papelería, en la cual había conocido a un joven con quien había salido durante diez meses sin que él apareciese por la casa, lo cual le permitió fabricarle a los padres el personaje que ellos deseaban.³⁹

³⁶ AEG, Legajo Preguntas del público: p.11 Sobre H; p. 9: +sobre 1- año 1972; p. 8 +sobre 1- año 1972 y Eva Giberti, *Adolescencia y Educación Sexual*, ob. cit., pp. 75-81, 182-186 y 207-209.

³⁷ Luis Destuet, “Cota: La señorita Idilio”, *Idilio*, 4 de abril de 1950, p. 39, “Señorita Idilio. ¿Al fin y al cabo, qué es, señora, un beso?”, *Idilio*, 7 de agosto de 1956, “Señorita Idilio. No existen: nos han hecho el cuento”, *Idilio*, núm. 402, 14 de agosto de 1956, p. 3 *Idilio*, “Señorita Idilio. Luisito se enfermó”, *Idilio*, 17 de julio de 1962.

³⁸ “Secreto de confesión”, *Para Ti*, 14 de abril de 1969, p. 82; Padre Lucas, “Secreto de confesión”, *Para Ti*, 17 de marzo de 1975, pp. 26-27.

³⁹ AEG – Correspondencia. Carta de Susana G. dirigida a Florencio Escardó y señora, Buenos Aires 3 de julio de 1962.

En resumen, en los años sesenta y setenta surgió una nueva sociabilidad juvenil basada en las barras integradas por pares de diferente sexo con ciertas afinidades, gustos o pertenencias comunes. Esta sociabilidad favoreció el surgimiento de un estilo de flirteo más abierto, directo y fluido, desarrollado crecientemente sin el control de los adultos y que habilitaba la integración de besos y caricias a las primeras instancias del trato en forma más rápida y abierta. Simultáneamente, la nueva pauta de flirteo se articuló con la aparición de las citas por las cuales los jóvenes interactuaban fuera del entorno familiar con renovada autonomía en una relación que no estaba encadenada, necesariamente, a la elección matrimonial sino que era considerada una instancia del crecimiento y el desarrollo personal.

3. Un noviazgo más libre y abierto

En las décadas del sesenta y setenta para un segmento de los jóvenes porteños el matrimonio siguió siendo un hito que estructuraba su biografía individual y que estaba antecedido de un noviazgo. De tal forma, que éste continuó definiendo la etapa de la relación de una pareja que iba desde el compromiso afectivo hasta el matrimonio durante la cual se afianzaba el conocimiento mutuo y se preparaba para la vida en común.

Sin embargo, el noviazgo de estos jóvenes no fue igual al que habían tenido las parejas en los años cincuenta. Las transformaciones afectaron desde la escena inicial hasta el estilo de la relación y el grado de intimidad permitido. La innovación más polémica e impactante estuvo dada por la aceptación de las relaciones pre-matrimoniales, proceso que, como se explicó no es estudiado aquí, pero que no hubiese sido posible sin los múltiples deslizamientos a los que dio lugar el nuevo estilo de noviazgo, analizados a continuación.

En primer lugar, cambió el momento y la forma con las cuales se iniciaba el noviazgo. En los años cincuenta la declaración del pretendiente tenía, por lo menos en el orden del deber ser, una importante carga romántica y estaba unida al pedido formal de la mano. En las décadas siguientes, según las empresas culturales dirigidas al amplio público masivo de los amplios segmentos medios y trabajadores, estas dos convenciones fueron modificándose hasta llegar, incluso, a pensarse en términos de noviazgo relaciones que no estaban mediadas por un pedido expreso y un compromiso formal de matrimonio. Por un lado, la declaración fue perdiendo los contornos románticos y almibarados, difundiéndose una forma más directa y menos estructurada de expresar los sentimientos. En ese sentido, adolescentes de diferentes sectores sociales coincidían en que era “ridículo” decirle a una

chica que se la quería y que la frase “te amo” estaba vedada. Supuestamente, la mejor manera para “hablarle” a una chica era hacerle una “historia bárbara”, explicándole, por ejemplo, que algo le había sucedido la primera vez que se habían visto para después preguntarle: “¿quierés andar conmigo?”. Como explicaba en forma coincidente otra joven, un tiempo más adelante, en la declaración bastaba un “Me gusta” y “Te gusto”.⁴⁰

Esta escena, según diferentes registros, sucedía cada vez a edades más tempranas. En *Vosotras* Eugenio Reynal Arrigo criticaba que la “juventud quemada” de los años sesenta había olvidado los “prejuicios y las reglas”, viéndose a “párvulos” de catorce años “noviando en serio” con “niñitas de igual edad”.⁴¹ Así, los padres y maestros expresaban su preocupación cuando descubrían a sus hijas, todavía en la escuela, escribiendo cartitas a un compañero, arreglando citas a escondidas y descuidando las tareas con sus ensoñaciones amorosas, situaciones que podían ser consideradas hasta una perversión. La aceptación de este adelantamiento de los primeros romances resulta patente al observar la aparición de columnas sentimentales respondidas por las estrellas musicales del momento como Palito Ortega, dirigidas explícitamente al público adolescente.⁴²

La misma impresión emanaba de los voceros de la nueva pedagogía de crianza, quienes, desde muy diferentes enfoques, insistían en que el flirteo y el enamoramiento eran parte del desarrollo normal del adolescente. Se explicaba que estos noviazgos no tenían el mismo significado que unos años atrás, dado que nadie consideraba que fuesen definitivos, aunque los adolescentes sintiesen que estaban profundamente enamorados. Por el contrario, como explicaba Knobel, los adolescentes creaban una “simpatía” a la que se aferraban, creando un “noviazgo” que era una forma de “asegurarse una pareja” que, naturalmente, sólo era circunstancial. No se trataba de que esta relación careciese de afecto sino que no era conveniente que éste se afirmase en la etapa de la adolescencia sino más tarde, cuando, seguramente, se canalizaría hacia otras parejas. Por eso, los padres debían comprender estas expresiones del crecimiento de sus hijos, dado que sólo esto les permitiría madurar.⁴³

⁴⁰ “Vida moderna. La generación de Rita Pavone”, *Primera Plana*, núm. 85, 23 de junio de 1964, pp. 32-34; “Tres mujeres, tres generaciones, tres modos de pensar...”, *Para Ti*, núm. 2740, 13 de enero de 1975, pp. 14-16.

⁴¹ Eugenio Reynal Arrigo, “¿Tiene usted la edad ideal para casarse?”, *Vosotras*, 9 de marzo de 1961, pp. 16-17. Eva Giberti, *Adolescencia y Educación Sexual*, ob. cit., pp. 206-209. Julio Mafud, *Las rebeliones juveniles en la Argentina*, ob. cit., p. 36.

⁴² “Palito y tú”, *Secretos*, núm. 24, agosto de 1965, pp. 86-87; Arnaldo André, “Mujercitas”, *Para Ti*, 12 de noviembre de 1973, pp. 38-44.

⁴³ Mauricio Knobel, “El noviazgo de los adolescentes”, *Nuestros Hijos*, núm. 76, mayo de 1961, pp. 26-27.

Eva Giberti sostenía una posición similar. Según explicaba, no había que alarmarse: era “corriente, normal y frecuente” que los chicos eligiesen una pareja para sentirse “noviando”. La única situación de preocupación, supuestamente, radicaba en los casos en los cuales el noviazgo canalizaba una patología infantil no resuelta o un conflicto con los padres.⁴⁴ Las obras de autores con perspectivas más conservadoras, también, reflejan la aparición de estas innovaciones aunque se opusiesen a ellas, recomendando contener las expresiones amorosas hasta alcanzar la madurez. Desde esta posición, Carlos A. Ray distinguía entre la “simpatía” por un joven del sexo opuesto y el verdadero amor que representaba un sentimiento maduro en el cual se manifestaban valores religiosos, morales, psicológicos, etc., recomendando a los padres que el “primer amor” se mantuviese en el nivel idealista y utópico.⁴⁵

El descenso en la edad a la cual los jóvenes entablaban noviazgo implicó una modificación del significado de la institución ya que ésta comenzó a incluir experiencias cada vez más transitorias y pasajeras, consideradas, al igual que las citas, parte de las experiencias en la formación de la personalidad y el crecimiento individual que conducirían más adelante a la elección definitiva de una pareja.

Pero las transformaciones no sólo involucraron el surgimiento de noviazgos informales sino también a las convenciones instituidas cuando la pareja tenía intenciones de casarse. En este caso, se pensaba que la menor rigidez y la mayor sinceridad, por oposición a los modelos fijos, aumentaban las posibilidades de los novios de elegir por sí mismos y de hacerlo correctamente. De allí que las rupturas generacionales se hayan expresado en un rechazo a las formalidades, como el pedido de mano y el compromiso de noviazgo, generándose transiciones menos pautadas entre el flirteo, el noviazgo informal y el formal. Como advertía Eva Giberti a los padres preocupados por las nuevas costumbres, los jóvenes solían oponerse a las antiguas tradiciones, como el pedido de mano, prefiriendo decidir las “cosas entre ellos”.⁴⁶

Pero, en ocasiones, los adolescentes, especialmente, las jóvenes, tenían dubitaciones. Así, por ejemplo, era el caso de una chica que había conocido a un joven en la universidad y que había iniciado una relación sin que fuese necesario que los padres de la chica conociesen al muchacho aunque ella hubiese querido presentárselos pero temía

⁴⁴ Eva Giberti, *Adolescencia y educación sexual*, ob. cit., pp. 193-197 y 207-209.

⁴⁵ Carlos A. Ray, *Para Padres*, ob. cit., pp. 384-389.

⁴⁶ Eva Giberti, *Adolescencia y Educación Sexual*, ob. cit., pp. 201-203; Abel Zanotto (coord.), sacerdote José A. Ingr y psicóloga Sara G. de Vallejo, “Cuando dos aprenden a ser uno”, *Nocturno*, núm. 303, 1ª quincena de julio de 1973, pp. 58-59 y “Educación sexual. Del tabú a la verdad. 2ª Nota: Frente al matrimonio”, *Nocturno*, núm. 262, 2da quincena de octubre de 1971, 68-76.

que lo rechazasen porque usaba ropas “extravagantes” y el pelo largo.⁴⁷ Al plantear este problema, la joven primero explicaba que estaba de “novia” pero después aclaraba que en realidad era festejada, dejando entrever el hecho de que en su entorno social la noción misma de noviazgo estaba pasando por una redefinición.⁴⁸

De todos modos, debe advertirse que en ciertos círculos, a mediados de 1960, el noviazgo seguía siendo muy ritualizado, como había sido la experiencia de una joven de 24 años que era empleada de un banco al igual que su pretendiente, para quienes el primer paso fue que él la acompañase a la casa, quedándose ambos conversando fuera, a lo que siguió la invitación de la madre a que entrase y, finalmente, la declaración amorosa, aceptada a condición de que se comprometiesen formalmente. Para ello, el novio le pidió la mano al futuro suegro, manteniendo una conversación de “hombre a hombre”, considerada una formalidad, aunque la prometida temblaba en la cocina.⁴⁹ Es decir, en este caso, la declaración amorosa y el pedido de mano fueron casi inmediatos entre sí y la relación de la pareja era bastante formal y contenida.

De todas formas, más allá de las ambigüedades de este proceso, había surgido un nuevo estilo de noviazgo que implicaba un vínculo afectivo que no estaba atado a planes ciertos y precisos de casamiento, aunque éstos pudiesen surgir más adelante o estar dentro de las expectativas de alguno de los integrantes de la pareja. En este sentido, el “pedido de casamiento” tendió a desestructurarse aunque este proceso parecería haber sido uno de los fenómenos más variables, reforzándose el carácter íntimo y privado de la decisión del casamiento y el carácter ritual del pedido de mano, cuando continuaba realizándose.

En segundo lugar, el noviazgo se volvió más fluido, abierto y libre. Este rasgo, implícito en los cambios en la declaración amorosa y el pedido de casamiento, estuvo en el centro de las transformaciones, como muestran las nuevas formas de socialización, las actividades y el trato de los novios, reafirmadas por contraposición a las pautas que regían los noviazgos en el pasado. Según explicaba un adolescente, a los jóvenes les resultaba inconcebible que los “viejos” estuviesen convencidos de las ventajas de la formalidad de un noviazgo; pensaba que esta opinión se debía a las molestias de ver que sus hijos estaban haciendo “todo” lo que ellos habían tenido prohibido.⁵⁰ La aceptación del derecho a la intimidad de los novios fue uno de los fenómenos más paradigmáticos de este proceso, al

⁴⁷ Padre Ignacio, “Secreto de Confesión”, *Para Ti*, núm.2355, 29 de agosto de 1967, s/p.

⁴⁸ Norberto Firpo, “El mundo afectivo del hombre de hoy -2da. parte”, “Nuestro Hogar. Revista núm. 4”, *Vosotras*, núm. 1407, 22 de noviembre de 1962, pp. 48-51.

⁴⁹ Kado Kotzer, “Testimonios. Transfiguración del pedido de mano”, *Panorama*, núm. 199, 16 de febrero de 1971, pp. 42-44.

⁵⁰ “Habla un adolescente. Mis viejos no me entienden...”, *Padres*, núm. 33, diciembre de 1975, pp. 34.

constituirse como parte de un nuevo sentido común. Por supuesto, los padres seguían interesados en controlar las relaciones de sus hijas pero, como ya se planteó, esta posibilidad fue corroída por los cambios en la vida cotidiana de los jóvenes, que poseían más espacios y ámbitos de encuentro alejados de la mirada de los progenitores.

La creciente intimidad estuvo unida a la ampliación de los espacios, actividades y situaciones que eran compartidas por la pareja. Como explicaba Luis Parrilla, un pastor comprometido con la educación sexual y la difusión de los métodos anticonceptivos, los novios habían dejado de tener un día fijo para las visitas, bajo la vigilancia de la familia y habían ganado en libertad.⁵¹ De hecho, los jóvenes se veían a diferentes horas, lugares y espacios, imponiéndose una nueva cotidianeidad por la cual la pareja podía compartir visitas imprevistas y encuentros no predefinidos que, en algunos casos, significaban la integración del novio a la dinámica hogareña de la familia de la novia. A su vez, las salidas a solas de los novios se hicieron más largas. Los patrones variaban pero fue cada vez más usual que las jóvenes llegasen a su casa a las dos o tres de la mañana, e incluso, que una salida terminase a la madrugada.⁵² Además, fue cada vez más aceptado que los novios compartiesen una importante proporción de sus ratos libres con salidas, entre las cuales, el cine, los bailes, un paseo por el centro o las reuniones de amigos eran opciones corrientes.⁵³ Se pensaba, además, que la vida social de los novios estaba centrada en la relación con otras parejas más que en la familia. En definitiva, la libertad, entendida como una ruptura con el pasado por la cual debía disminuir el control de los padres y rechazarse las ritualizaciones, junto a la independencia y autonomía empezaron a considerarse requisitos para el desarrollo del noviazgo.⁵⁴

Se consideraba que el noviazgo debía ser un período en el cual los integrantes pudiesen compartir situaciones diferentes, tener espacio para estar solos pero también para enfrentar la sociabilidad con la familia y con los amigos, en función de experimentar qué sucedía con la relación en distintos contextos. Estas actitudes, supuestamente, mejoraban la comunicación y la profundidad del vínculo, pensándose que no sólo era necesario vivir momentos de romanticismo y mutuas atenciones sino también problemas, crisis y dilemas personales que enfrentarían a la pareja con situaciones extremas donde ponerse a prueba.⁵⁵

⁵¹ Eva Giberti, *Adolescencia y educación sexual*, ob. cit., Tomo 1, pp. 201-205.

⁵² *Ibid.*, ob. cit., p. 201.

⁵³ Padre Iñaki de Azpiazu, "Secretos de confesión", *Para Ti*, núm.2544, 12 de abril de 1971, p. 87. "Los jóvenes, jóvenes", *Para Ti*, núm.2440, 14 de abril de 1969, pp. 4-5 y 73

⁵⁴ Ana Larsen, "¿Novia o amante?", *Secretos*, núm. 27, noviembre de 1965, pp. 1-7.

⁵⁵ "Educación sexual. Del tabú a la verdad. Segunda nota: frente al matrimonio", *Nocturno*, núm. 262, 2da quincena de octubre de 1971", pp. 68-76.

De hecho, se potenció la idea del noviazgo como una etapa durante la cual la pareja debía conocerse, probar su compatibilidad y lograr el complejo equilibrio entre mantener la autonomía y crear una identidad común. De allí que la descompresión de las convenciones sobre el noviazgo haya sido simultánea al reforzamiento de las expectativas subjetivas que la pareja depositaba en él. De forma tal que, si bien el noviazgo siguió siendo un período que preparaba a la pareja para la vida en común, cambiaron las formas y los significados de la preparación. En ese sentido, se comenzó a priorizar la posibilidad de conocerse profundamente, compartir la mayor cantidad de experiencias posibles y enfrentarse a situaciones variadas que pusieran a prueba la relación, lo cual significaba una nueva forma de entender cómo alcanzar el conocimiento mutuo que otorgó a los noviazgos un carácter menos definitivo y más sujeto a la experiencia.⁵⁶

En tercer lugar, se modificaron las ideas acerca de las rupturas del noviazgo. En el pasado éstas implicaban una herida en la estima social para el integrante de la pareja abandonado, que resultaba especialmente seria para las mujeres, al grado de aumentar considerablemente sus temores a quedarse solteras. En los años sesenta y setenta, en cambio, las rupturas se integraron al horizonte más o menos normal de posibilidades de una relación. Para esta transformación fue esencial el hecho de que el noviazgo hubiese comenzado a tener una etapa que carecía de cualquier compromiso formal o plan expreso de casamiento y a ser concebido crecientemente como un estadio de prueba de la relación.⁵⁷

De todos modos, la nueva pauta preocupaba especialmente a los padres, sobre todo cuando la hija mujer comenzaba a salir con distintos muchachos sin intenciones de concretar una relación estable, lo cual contravenía sus expectativas de que se ennoviase “en serio” y se casase, una posibilidad que no deseaban que sucediese demasiado pronto con los varones porque podía comprometer el estudio y la carrera.⁵⁸ Según Sara Zusman de Arbiser, una médica psicoanalista que escribía en *Padres*, revista que difundió los nuevos paradigmas de crianza y comportamiento sexual en los tempranos años setenta, recibía frecuentemente consultas semejantes, ante las cuales explicaba que los adolescentes tenían “vínculos rápidos y pasajeros”, en vez de “enamoramientos definitivos y parejas estables prolongadas”, que consistían en una “especie de picoteo, de búsqueda de aprendizaje del

⁵⁶ Editorial, “Amiga lectora”, *Nocturno*, núm. 262, 2da quincena de octubre de 1971, p. 1.

⁵⁷ Mario Galvan, “Romeo, Julieta y el ‘catch’”, *Vosotras*, núm. 1413, 17 de enero de 1963, pp. 62-63.

⁵⁸ Eva Giberti, *Adolescencia y educación sexual*, ob. cit., p. 204.

amor”.⁵⁹ Pero la aceptación de las rupturas no sólo involucraba a los adolescentes sino también de los jóvenes adultos insertos en noviazgos más formales. Como mostraban las noticias de la farándula, el fin de un noviazgo se había incorporado a los hitos normales de la biografía sentimental. En una nota de ese tipo, Claudio García Satur, protagonista de *Rolando Rivas Taxista*, la exitosa telenovela de Alberto Migré, explicaba que su primera novia había sido una “chica de barrio” con la cual había terminado cuando se había dado cuenta que podía llegar a casarse y “vivir encadenado a la compañía de seguros para siempre”.⁶⁰ De tal modo, el quiebre de un noviazgo dejó de pensarse socialmente, aunque se desaprobaban la conducta de las chicas que habían mantenido muchos noviazgos, una mayor rotación de las parejas.

Conclusiones

Las páginas anteriores contribuyen a entender los cambios en las convenciones que regían el cortejo y el noviazgo mediante una descripción minuciosa, reconstruida, en lo fundamental, a través del análisis de emprendimientos culturales dirigidos al amplio público masivo, compuesto por los amplios sectores medios y trabajadores. En tal sentido, debe remarcarse que se ha ilustrado sólo uno de los patrones de cambio que emergieron en los años sesenta y setenta, cuando los jóvenes validaron diferentes códigos de conducta, en función de los círculos sociales y culturales de pertenencia.

Según lo planteado, las transformaciones en las reglas del cortejo y el noviazgo estuvieron ambientadas en la creciente importancia asumida por los grupos de pertenencia mixtos, en los cuales el trato fue más coloquial y desenvuelto. En ese contexto, el flirteo se volvió más rápido y directo y se afirmó la institución de las citas que contribuyeron a limitar el control de los padres, habilitaron una mayor rotación de las parejas y facilitaron el entrenamiento de los jóvenes en el trato con el otro género. En forma simultánea, surgió un noviazgo informal, propio de los adolescentes, el cual estaba disociado del compromiso matrimonial y cuando éste existía cambió el estilo de la relación, haciéndose más abierta y flexible, rechazándose expresamente las ritualizaciones, como el pedido de mano, y despenalizándose las rupturas.

Diferentes argumentos contribuyeron a legitimar tales innovaciones. El flirteo, las

⁵⁹ “Mi hija enamorada”, *Padres*, núm. 1, enero de 1973, pp. 10-12.

⁶⁰ “La romántica vida de Claudio García Satur”, *Nocturno*, núm. 303, 1ª quincena de julio de 1973, pp. 72-76.

citas y los noviazgos informales fueron considerados, especialmente por el nuevo paradigma de crianza, instancias que contribuían a la formación de la personalidad y la identidad de género. El estilo más abierto de los noviazgos y el rechazo de las reglas fijas se apoyaron en la importancia adjudicada a la autenticidad, la individualidad y la autonomía en la elección de la pareja, potenciando el carácter de prueba de esta etapa de la relación y la valoración de la búsqueda afectiva.

De modo tal que estos cambios supusieron la aparición de códigos de comportamiento que estaban instituidos en otras latitudes desde tiempo atrás, como era el sistema de citas, y la incorporación de nuevas pautas de relación y significado a las instituciones existentes, como sucedió con el noviazgo. Desde este ángulo, se impone, entonces, pensar el significado de estas transformaciones.

En ese sentido, es necesario considerar que el patrón de cambio aquí analizado implicó un quiebre con las convenciones establecidas, aunque no vulnerase los marcos del modelo de familia de la domesticidad, uno de cuyos pilares era el matrimonio. Pero, al mismo tiempo, este quiebre fue concebido desde una perspectiva generacional como un cambios drástico en las formas mediante las cuales los jóvenes se conocían, se manifestaban atracción mutua y se comprometían afectivamente. Esta percepción, se vuelve comprensible al considerar la distancia entre estas pautas y las vigentes cuando los progenitores habían formado sus parejas y la oposición realizada por las fuerzas conservadoras y tradicionalistas a los nuevos estilos de relación entre los jóvenes, concebidos peligrosos para el orden familiar y social.